

NIZA

He hecho una excursión a Menton por la Turbie, por estos Alpes Marítimos tan encantadores, cuyos pies se calzan con zapatos de esmeralda. He sentido el vértigo de la velocidad, corriendo a muchos kilómetros por hora a lo largo de aquellas carreteras tan limpias, que se destacan a lo lejos sobre los montes como una línea de clarión gris.

He llegado hasta Garavan y he visitado a Blasco Ibáñez, en su villa Fontana Rosa, cubierta de bancos de mayólica fabricada en Manises.

Me habla de su viaje a América, y me enseña una edición, recibida últimamente, de *Los cuatro jinetes...*, en alemán.

Me sorprende, y don Vicente, sonriendo, dice:

—No pasa día que no reciba cartas de los *boches* diciéndome una de cosas...

Blasco habla con entusiasmo de estos parajes y me cuenta su vida con una charla atropellada, porque los minutos corren y los tengo contados. Así sucede: me avisan que espera fuera, en el parque, el auto, y al despedirme del autor de *La barraca*, tropiezo con la cabeza disecada de una piel de tigre, que sirve de alfombra delante una *chaise longue*, y casi caigo. Blasco se sonríe, tendiéndome los brazos, y yo le alabo aquel magnífico ejemplar que tenía bajo mis pies, y con el que no había reparado. Blasco sonríe nuevamente, y es que sin duda he halagado su vanidad de millonario.

Nos damos la mano. Subo en mi modesto coche Citroën, y atrás queda su Cadillac de príncipe, que espera a la puerta del garaje para conducirle a una de sus acostumbradas excursiones por los Alpes o quizás a Cannes, donde le aguarda algún té.

F. Puig-Espert
Niza, 3-1923